

La Clave

DIARIO ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Salamanca: un trimestre, 3'50 pesetas.—Fuera de la capital, 4
Anuncios, reclamos, comunicados, etc., á precios
convencionales.—Pago anticipado.

Año II

Núm. 41

SALAMANCA 21 DE DICIEMBRE DE 1897

Número suelto CINCO céntimos

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

LEONES, 4 Y 6

NO SE PUBLICA LOS DIAS FESTIVOS.—TODA LA CORRESPONDENCIA Á LA DIRECCION.

Biografías de personas ilustres

Excmo. é Ilmo. Sr. D. Fr. Tomás Cámara y Castro

OBISPO DE SALAMANCA

Del Orden de San Agustín, Maestro en Sagrada Teología, Correspondiente de la Academia Española y de las Reales de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, Senador del Reino por la provincia eclesiástica de Valladolid, sábio religioso, escritor profundo é insigne Prelado, nació el día 19 de Septiembre del año 1847, en Torrecilla de Cameros, provincia de Logroño, donde su padre ejercía la profesión de médico, debiendo á sus progenitores don Leonardo Cámara y doña Tiburcia Castro, esmerada y cristiana educación.

Por traslación de su padre al pueblo de Quintanadueñas, en la provincia de Burgos, dejó el suyo natal á la edad de siete años y más adelante pasó al Seminario de aquella capital y en él hizo los primeros estudios de humanidades, captándose con su comportamiento las simpatías de sus profesores que fundaban ya en el claro talento y natural despejo de tan aventajado estudiante, legítimas esperanzas de lo que sería después.

Antes de los quince años le llamó Dios á la vida religiosa; vistió el hábito agustiniano en Septiembre de 1862 en el Real Colegio de Agustinos Filipinos de Valladolid y allí emitió su profesión de votos simples el día 4 de Octubre de 1863.

En 1866 pasó con otros religiosos al convento de La Vid, adquirido aquel mismo año por los PP. Agustinos, y en dicho convento hizo su profesión solemne y terminó su carrera eclesiástica, cantando su primera Misa en 25 de Marzo de 1870, y al poco tiempo, previos brillantes ejercicios de oposición, bajo la dirección de otro religioso agustino, el sábio y R. P. Fr. Tirso López, Regente de estudios á la sazón en aquel Colegio, y primer catedrático de nuestro biografiado, obtuvo el título de Lector ó Profesor, cargo que ejerció algunos años en el mismo Colegio, del que pasó después á desempeñarle al de Valladolid.

De las aptitudes especialísimas del P. Cámara para el profesorado, y del copioso fruto que recogió en las tareas académicas, son testimonio evidente los muchos é insignes escritores con que cuenta hoy la Orden Agustiniana, la mayor parte de los cuales se formaron bajo la dirección y enseñanza del P. Cámara.

Palabra fácil, entusiasmo sin límites por la ciencia, forma amena



Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Fr. Tomás Cámara y Castro

OBISPO DE SALAMANCA

con que sabía hacer atractiva la aridez del estudio, conocimientos amplios y profundos de las asignaturas que explicaba: tales eran, según atestiguan los que tuvieron la honra de ser discípulos suyos, las dotes que que concurrían en el P. Cámara como profesor. Sobre todo los estudios de Física y Ciencias naturales, fueron colocados á gran altura por el sábio agustino que comprendía la necesidad de que los ministros del santuario, estén perfectamente impuertos en el conocimiento de estas materias para hacer frente y con armas adecuadas al carácter de la lucha, á los ataques que desde ese campo dirigen los materialistas y positivistas á las eternas verdades de la fé.

Esta idea, la necesidad de formar buenos apologistas de la religión, estímulo que movía al P. Cámara á profundizar en el conocimiento de las Ciencias físicas y naturales, y á explicarlas con amplitud y extensión, hubo de verla comprobada con la aparición de una obra célebre, que por la fama de su autor, como físico, por el título con que venía encabeza-

da y por el entusiasmo con que celebraron su publicación los enemigos de la fé cristiana, produjo en el mundo científico y en el religioso, mucho ruido y gran escándalo. Era esta obra la *Historia de los conflictos entre la Religión y la Ciencia*, por Juan Guillermo Draper.

Sintiendo entonces el P. Cámara arder en su pecho el celo por el honor de la Religión, vilmente escarnejada por el profesor norte-americano, tomó la pluma para salir por los fueros de la verdad y poner el debido correctivo á los dislates propalados por Draper.

«Era en Agosto de 1877, dice un discípulo insigne del P. Cámara, el R. P. Conrado Muñoz, y en nuestro Colegio de La Vid se celebraba la fiesta del gran Patriarca de la Orden Agustiniana, con una brillante velada literaria. Habíase anunciado por entonces un concurso convocado por un generoso magnate que asignaba valioso premio á quien mejor refutase la *Historia de los conflictos entre la Religión y la Ciencia*, de Juan Guillermo Draper. El ilustrado pro-

fesor de aquel Colegio, que pronunció la oración inaugural, hubo de expresar en ella su deseo de que alguno de los presentes obtuviera el premio, y entre unánimes y entusiastas aplausos, todas las miradas se dirigían al P. Cámara.

A partir de aquel día, los continuos ruegos de sus hermanos, lograron, por fin, vencer la resistencia de su modestia, y en un solo año escribió su reputadísima *Contestación á la Historia de los Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, que por haberle impedido las tareas de la enseñanza terminarla en el plazo señalado para el concurso, se publicó á expensas de la Orden en Valladolid el año 1879. El triunfo del P. Cámara fué completo; su ignorado nombre circuló con aplauso por periódicos y revistas españolas y extranjeras, acordes todas en admirar lo vasto de la erudición, lo inflexible y contundente de la lógica, lo animado de la discusión, la pureza y nitidez del estilo, y en conceder al autor el primer lugar entre nuestros polemistas católicos contemporáneos.»

No fué sola esta obra la que brotó de la pluma del P. Cámara durante su profesorado. En medio de las ocupaciones de la cátedra supo encontrar el tiempo y la calma necesarios para escribir con estilo limpio y sereno, y en lenguaje atildado y correctísimo, la *Vida y escritos del B. Alonso de Orozco*, varón santísimo y escritor clásico de nuestro siglo de oro, á quien, en 1883, elevó el Papa León XIII al honor de los alteres, y cuya gloriosa memoria, casi olvidada para los españoles, resucitó el Padre Cámara en su libro, consiguiendo que volviera á ocupar entre nuestros místicos del siglo XVI, el lugar que había ocupado en otro tiempo y que de justicia merecía.

Igualmente, con motivo de las solemnes funciones religiosas celebradas por el Real Colegio de Agustinos Filipinos de Valladolid para conmemorar la beatificación del V. P. Orozco, pronunció el P. Cámara un elegante y correctísimo discurso, que aplaudió todo lo más florido de la ciudad, el cual, después de ser publicado por varios periódicos y revistas, se incluyó también en el Album que, como recuerdo al B. Orozco, imprimieron en aquella capital los Reverendos Padres Agustinos.

Casimiro González García-Valladolid.

(Se continuará.)





ALFONSO DAUDET †

CRÓNICA AL DIA

¿Y de política qué?
Pues de política casi nada.
Todas las conversaciones giran en torbellino más ó menos confuso alrededor de la pacificación de los tagalos y de las consecuencias de la paz filipina, ya que no *octaviana*, con que nos ha favorecido la suerte.
No falta quien haya visto una extraña y misteriosa coincidencia en que para el 25 nos haya prometido el jefe de los cabecillas de la isla de Luzón, la completa entrega de armas y el definitivo acatamiento de nuestra soberanía en aquella colonia.
El día 25, comenzarán á molestar muchos sujetos que aseguran estarnos sirviendo todo el año, felicitándonos las Pascuas y dándonos el sablazo correspondiente.
Pero habrá que sufrirlo con paciencia porque otro Aguinaldo nos da ocasión para que los españoles nos felicitemos mutuamente.
Y hasta para que algunos pongan cara de pascua en vista de la actitud de los *puntos filipinos*.

Vuelve á hablarse de divisiones en el campo insurrecto.
Ya comprenderá el paciente lector que esta noticia procede de un cablegrama de la Habana. Muchos cabecillas han dado órdenes muy severas para evitar las presentaciones *en masa* de las partidas.
Pero hay partidas tan *serranas*, que se han presentado sin amasar, vamos, por grupos sueltos, como quien dice, por racimos.
Los cabecillas, cabezotas de suyo, se obstinan en contrarrestar las corrientes de paz, que ya se acentúan en los rebeldes, y todo hace sospechar que se ha entrado en ese período de agitación entre las desarrapadas huestes filibusteras, que siempre precede á los convenios de paz.
¡Que así ocurra, aunque sea un Zanjón el que todo lo zanje!

En la Audiencia de Madrid se está viendo la *vista*—¡ver es!—de la causa que por el delito de parricidio se sigue contra José Obispo.
A este seglar, como ya sabrán ustedes, se le acusa de haber golpeado bárbaramente á su mujer; pero la verdad es que hasta ahora no se sabe si la desgraciada falleció á consecuencia de los malos tratos ó si se cayó de la cama, produciéndose la lesión.
El Jurado pondrán en claro el asunto, ó lo juzgará á lo menos con arreglo á su conciencia.
Por el pronto ya tiene un hecho probado: el de que de un modo ó de otro la infeliz esposa se ha caído.

En París sigue la marejada de los asuntos Dreyfus y del Panamá.
Un buen par de *affaires*.
El telégrafo, con su acreditado laconismo,

nos transmite una noticia que ya teníamos por sabida.
Artón niega en absoluto haber retribuido á nadie para lograr el concurso del Parlamento.
Es decir, que no *parla* absolutamente nada nuevo y que, dado el número de *cheques* que se le dió, resulta á la postre un sujeto que se ha propinado un *hartón* de francos.
Siquiera su franqueza no parezca por ninguna parte.
Los demás acusados, Boyer, Maret, Planteau, Laisant, Rigant, Saint Martín y Guillard tampoco añaden nada nuevo.
Naquet, no ha parecido.
Este sí que se las ha *guillard*.

Respecto á lo de Dreyfus, la última sorpresa ha sido la renuncia que de la dirección de *Le Figaro* ha hecho Mr. Fernando Rodays, fundándose para ello en que no tiene la oponión de su parte en la campaña emprendida por el citado periódico en este asunto.
La noticia se ha comentado en París muchísimo, y es de suponer que también se habrá comentado bastante en España.
Anoche oí parte de un comentario que con toda clase de reservas mentales me permito recoger.
Era éste:
—Si aquí dimitieran por esas razones los directores de periódicos...
No pude oír más; pero basta con *eso*.

Saltemos á Berlín.
El *nuevo evangelio* de Guillermo II, contenido en su discurso de Kiel, sigue teniendo pocos adherentes.
Los periódicos protestan respetuosa, pero firmemente, contra la alocución del príncipe Enrique.
Worwaerts llama al *nuevo evangelio* el evangelio del *puño enguantado*.
Según telegramas de Londres, la prensa inglesa continúa tratando con ironía el discurso de Kiel.
Les recomiendo mucha prudencia, no les den una guantada.
¡Cuidado que son atrevidos los *ingleses*!

Para terminar estas cuartillas, emborranadas al correr de la pluma—estilo cursi, pero verdadero,—daremos una nota triste.
Ha fallecido en Madrid D. Modesto Fernández y González.
Era delegado de Hacienda de la provincia; pero sus mayores méritos estriban en haber sido un escritor correcto y castizo.
Deja entre otros muchos trabajos, la mayor parte de ellos, artículos sueltos en muchos diarios y revistas, una colección de semblanzas de periodistas, modelo en el género, y *La hacienda de nuestros abuelos*, que hará inolvidable el nombre de su autor.
Fue uno de los fundadores de la Asociación de Escritores y Artistas.
¡Descanse en paz *Camilo de Cela*!

Equis.

Anécdotas.

En Londres se ha publicado recientemente un curioso libro de anécdotas, atribuidas todas ellas á la gente política.
Su coleccionador, que se oculta modestamente bajo el pseudónimo, y que parece ser un caracterizado político, asegura la veracidad de las anécdotas recogidas.
A continuación traducimos dos de ellas:
A lord Rozend, miembro de la Cámara de los Pares de Inglaterra, se le presentó un día su sastre, al que debía una cantidad crecida, representada por un recibo, que nunca conseguía hacerse pagar.
Como la víspera su señoría había perdido al juego una gruesa suma, que pagó en presencia del sastre sin deliberación, éste se extrañó por la diferencia que su deudor establecía en su perjuicio.
—He pagado una deuda de honor—le respondió el lord.
—¿En qué, milord, consiste una deuda de honor?
—En estar basada sobre la palabra, y que no puede ser exigida por ningún documento.
—Gracias, milord; á partir de este momento yo no tengo nada que reclamarle.
Y, hablando así, rompió el recibo.
Al día siguiente el sastre fué pagado.

Lord Salisbury, el insigne estadista, tenía un terrible defecto: llegaba siempre tarde á todas partes, y nadie recordaba haberle visto llegar nunca á tiempo á ningún lado.
No era sólo su retraso para las citas con los amigos, ni para los actos de su vida particular, sino hasta para los más importantes de su época en el poder.
Cierta vez tuvo á los comisionados de Irlanda dos horas esperando para celebrar una importante conferencia, que hubo que aplazar al siguiente día, en que Salisbury también llegó con gran retraso.
A los Consejos de ministros acudía también muy tarde, y los consejeros ingleses que, como nadie, saben que «el tiempo es oro», se desesperaban atrozmente.
Cansados ya de aquella terna espera á que Salisbury les obligaba, indicaron al presidente la conveniencia de llamar la atención al retrasado; pero estas advertencias no hicieron tampoco salir de su paso al ministro.
Un día, antes de aquel en que había de celebrarse un Consejo en Palacio, presidido por S. M. B. la reina Victoria, Gladstone logró que un relojero adelantase hora y media todos los relojes del ministerio que regentaba Salisbury, inmediatos á su despacho.
Pero Salisbury llegó aun así al Consejo con *media hora* de retraso.
Es decir, que para él se retrasó *dos horas*.
Lo mejor del caso es que el calmoso ministro, ignorante de la maniobra, dijo muy serio á sus compañeros de Gabinete al concluir el Consejo:
—Ya ven ustedes cómo hoy no me he retrasado.

Los buzones de correos

¿Quién no ha visto los buzones de la calle de Carretas?
¿Quién que en ellos se fijara no sabe que representan dos cabezas de leones con la enorme boca abierta?
¿Quién no sabe que hacen gárgaras con cartas y con tarjetas y se tragan en un día centenares de pesetas?
¿Quién no ha puesto su esperanza en sus entrañas de piedra?

¿Quién no ha presenciado alguna vez escenas como ésta, junto al buzón de correos de la calle de Carretas?

—[Hijo mío, que contestes!— dice una anciana harapienta, besando el mugriento sobre de una carta aún más mugrienta, que con lágrimas, por tinta, escritas lleva las penas que continuamente agobian á aquella anciana, que cuenta sus cuitas al hijo amado que allá, por lejanas tierras sirviendo al rey, hace carne de cañón para la guerra, y lucha, esperando ansioso, que su anciana madre tenga dinero para escribirle, y para que entonces pueda arrojar la ansiada carta que con tanto afán espera por el buzón de correos de la calle de Carretas.

¡Cuántas citas amorosas, cuántas locuaces promesas y secretos, y amenazas, y planes, y confidencias, desconuelos, lenitivos y alegrías y tristezas, órdenes y contraórdenes, reflexiones y sorpresas, reciben diariamente en sus entrañas de piedra los buzones de correos de la calle de Carretas!

¿Quién no ha visto estos buzones, y quién, una vez, siquiera, no ha notado que después de terminarse esta escena, sin entender ni palabra de cuanto *pasa*, se quedan inmóviles, impasibles, siempre con la boca abierta, los buzones de correos de la calle de Carretas?...

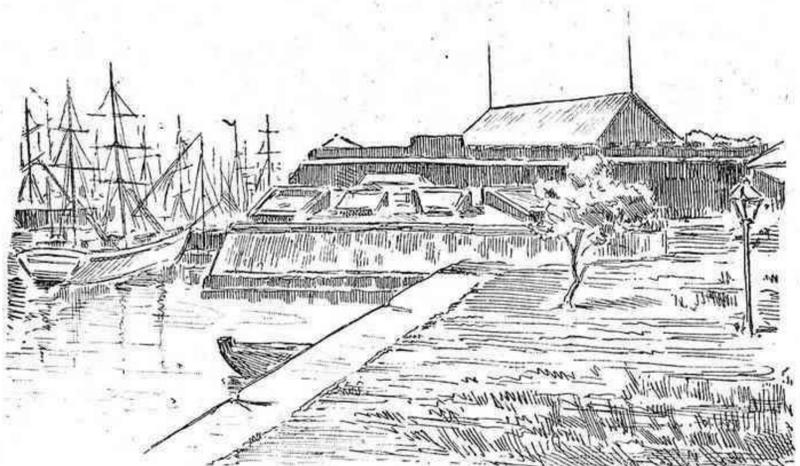
VICENTE DíEZ DE TEJADA.

EL MAESTRO DE ESCUELA

A mi amigo Alfredo Amieva.

Daba pena verle al día siguiente de haber enterrado á su esposa.
El pobre maestro había compartido treinta años su vida con aquella mujer tan buena, tan sencilla y que tanto le quería.
Habían envejecido alegremente uno al lado del otro, soportando juntos la estrechez de aquella vida misera; y de pronto una enfermedad terrible, de rápido y fatal desenlace, le había llevado la fiel compañera, el único sostén de su vejez decrepita; se había quedado solo.
A duras penas el médico del pueblo pudo apartarle del lecho donde había espirado la esposa.
El golpe había sido tan rudo é inesperado, que al fin se dejó llevar como un autómatas, lanzando gritos lastimosos; pudo el médico detenerle unos días.
A toda costa quería velar el cadáver adorado y conducirlo á la última morada.
—Cuando ya no he muerto—clamaba—dejadme, dejadme que la vea por última vez; no teman; tengo fuerzas, tengo fuerzas...—y el viejo caía postrado, apretándose el corazón que se le saltaba y tapándose los ojos secos, secos, que no podían llorar tanto dolor.
II
La escuela del pueblo estaba en la parte alta, dominándole, sombreada de vetusta alameda,

FILIPINAS



Puerto de Manila.



EMBAJADOR DE ITALIA EN ESPAÑA

á cuya sombra jugaban los chicos las mañanas primaverales.

El sol, espléndido aquel día, derramaba su luz bendita, difundiendo nueva vida en los brotes frescos de los árboles y los tallos nacientes de las plantas.

La turbamulta de la chiquillería se aglomeraba á la puerta de la escuela, aguardando que se abriese; pero no como otros días, chillona y jugueteando, sino silenciosa, grave, mirando recelosamente á la puerta cerrada, con el pavor mezclado de curiosidad que infunde la muerte á los niños.

La muerte ya no estaba dentro; hacía dos semanas que ocurrió la desgracia, y aquel día era el primero que volvían á la escuela.

Los más valientes se atrevieron á empinarse por la ventana y mirar al interior; todo estaba igual: los bancos alineados ante las mesas largas, mugrientas y manchadas de tinta, el estrado en el fondo, la mesa del maestro encima, el sillón vacío detrás, con sus brazos abiertos, como aguardando, y encima, colgado bajo dosel rojo, un Santo Cristo con enaguillas de raso, bordadas por la mujer del maestro; veían las mismas paredes blancas con los carteles alineados, los cuatro encerados como ventanales negros y los mapas colocados más altos; todo estaba en su sitio; pero aquellos atrevidos bajaron presto de las ventanas, porque algo como una atmósfera polvorienta y triste les pareció que envolvía la escuela.

Cuando creían que la puerta iba á abrirse, vieron subir al maestro la empinada calle, apoyado en un bastón y andando pensativamente; traía la llave en la mano y avanzó con los ojos bajos hacia la escuela; los niños se replegaron descubriéndose, aglomerándose entre sí, muy serios, mirando con ojos muy abiertos al pobre hombre.

Ocupó su butaca; los chicos fueron entrando silenciosos, casi de puntillas, mirándose los unos á los otros, como esperando la señal de algo convenido; por fin adelantó uno, y seguido de otros dos, acercóse al estrado, subió al trono y empezó á pronunciar algunas palabras.

Sin duda él pesame que su madre le hizo aprender de memoria; pero el maestro no le dejó concluir: lo cogió en brazos y se abrazó á él besándolo; después, poniéndose en pie, descubierta, como en las ocasiones solemnes, exclamó con voz entrecortada por las lágrimas: «Gracias, hijos míos; ha muerto, sí, pobrecillos; ya estoy aquí solito, ya estoy aquí solito con vosotros, que también me queréis, porque sois muy buenos.»

No supo seguir. «Ahora á trabajar», concluyó. Y sentándose, sumió la cabeza entre las manos. Rezaron la oración de entrada, sacaron sus planas y ningún día trabajaron con más fe y en tal silencio: si levantaban la vista, veían el triste y bondadoso rostro del maestro, pálido, demacrado, con sus cabellos blancos en desorden, evocando la imagen de la muerte.

¡Cuántas veces le creyeron ver entrar por la puerta del fondo, saliendo de las habitaciones y acercarse al maestro, como ella solía; hablarle en voz baja un rato, y salir otra vez sigilosamente, después de mirarle con bondad é interrogar á alguno sobre asuntos caseros! ¡Cuántas veces el pobre viejo volvió la cabeza á aquella puerta que no se abría!

Fué una mañana triste; los niños instructores formaron después los corrillos debajo de los carteles, de los mapas y de los encerados, preguntando y contestando en voz baja, casi imperceptible, como si temiesen despertar á alguno que durmiese.

El maestro no intervino en nada; varias veces quiso levantarse, pero no pudo; siguió sumido en sus recuerdos, mirando á sus niños tan aplicados. Así pasó la mañana; se oyeron as doce.

—Podéis marcharos, hijos míos—les dijo el maestro.

La escuela quedó sola y él, clavado en su asiento.

Para él no había llegado la hora; á él no le avisaban; la puerta del fondo no se abría como otros días, no entraba aquella viejecita sonriente á decirle que la comida esperaba; á husmear en sus carteras los adelantos de los niños, á pasar revista á los encerados y á ayudarle á contar las faltas de los discípulos holgazanes.

Miraba á la puerta y no se abría; pasaba el tiempo, pero él seguía esperando una ilusión imposible, con la cabeza entre las manos.

III

Cuando entraron los niños por la tarde vieron al maestro sentado en su mesa como le dejaron: con la cabeza entre las manos, pero muy pálido y con los ojos cerrados.

Un chico se acercó temblando, le miró de cerca, y todos salieron despavoridos, como golondrinas asustadas, dando gritos.

El maestro de escuela estaba muerto.

JOSÉ BRISSA.

CUENTO ANDALUZ

De vuelta de la Eritaña, repletos de manzanilla, iban Francisco Lunares y su compadre Chirimba, en una noche de luna de verano, clara y tibia, cuando al llegar á una calle por la sombra dividida, tomando la parte oscura por el agua negra y fría del Guadalquivir, que gasta á menudo las bromitas de hacerse señor y dueño de casi toda Sevilla, paró Lunares gritando: —¡Compare del alma mía, aquí está el río!

—¡Carape!
—¿No es grilla?
—¡Qué ha de ser grilla?
—¿Y qué hacemos?

—La cosa, compare, no tié salida, porque sube.
—¡Nuestro Padre del Gran Poder nos asista!
—No se apure, compario, que pa que llegue allá arriba—y Lunares señalaba una reja muy antigua—tié que subir mucho rato.
—¡Pues á subírnos y aprisal—Y agarrándose á la reja, aunque con muchas fatigas, subieron todo lo alto que les permitió la pitima. Mas la luna en su descenso fué aumentando su agonía, porque al ocultarse rápida hizo á la sombra temida llegar á los dos compadres de su propio miedo víctimas.
—¡Comparito, que ya llega, y yo me cansol—gemía con voz doliente Lunares.—
—¡Pues yo—contestó Chirimba—me tiro ya, aunque me ajogue, desde esta reja maldita!—Tiróse el pobre borracho, y al escuchar la caída que dió el infeliz, al punto le preguntó la otra víctima: —¿Me tiro?

—¡No!—dijo el otro con voz temblona y dolido.—No se tire usted, compare, porque está el agua muy fría!

FEDERICO CANALEJAS.

ECOS DEL MUNDO

Lo que hace el reclamo.

El célebre Barnum dijo un día que con un millón gastado en anuncios vendería por valor de dos millones de cualquier cosa.

No era tonto y sabía por experiencia que de cada cien personas, noventa por lo menos, no piden otra cosa que dejarse llevar. Por lo demás, él mismo puso su precepto en práctica y fué la prueba viva de lo que afirmaba.

No sé cuántas veces hizo una fortuna, y aún la haría otra vez si la muerte no hubiese venido á poner fin á sus reclamos y á sus exhibiciones.

Como él, los grandes comerciantes, los grandes industriales, todos aquellos que se puedan llamar con justo título los príncipes del reclamo, no deben generalmente su gran fortuna sino al atrevimiento con que han empleado este procedimiento comercial.

El ejemplo más típico que puede citarse en apoyo de este aserto es el de Holloway, el más célebre mercader de píldoras purgantes que ha existido en el mundo.

Cuando empezó tenía justamente cincuenta pesetas. Con la mitad de esta suma compró cajitas de cartón, acibar y mandó imprimir algunas etiquetas. Con la otra mitad se fué á

Times y ajustó cinco inserciones de un anuncio ensalzando la bondad de su producto.

Hecho esto esperó la clientela.

A medida que algún nuevo comprador entraba en su tienda, Holloway llevaba á los periódicos el nuevo ingreso.

De esta manera llegó poco á poco á consagrar anualmente 800.000 pesetas á su publicidad.

Cuando murió, sus 50 pesetas le habían producido 50 millones.

El anuncio sirve para todo. No hay producto, por malo que sea, que no lo haga vender. No tiene igual para transformar los defectos en buenas cualidades. Si con el tiempo se deteriora ó sufre algún cambio de aspecto una mercancía ya conocida, basta, para acostumbrar al público á ella, anunciarla atrevidamente como el resultado de un perfeccionamiento en su fabricación.

Un día, los encargados de una gran fábrica bien conocida de los aficionados al buen chocolate, fueron á anunciar á su director que una gran cantidad de chocolate, recientemente elaborado, había adquirido un color blanquecino que, según ellos, le hacía impropio para el consumo.

El director examinó el chocolate, lo analizó y se convenció de que era de buena calidad. Pero ¿cómo imponer á los compradores de un color que no estaban acostumbrados? La dificultad quedó presto zanjada. Algunos días después, todos los periódicos publicaban el siguiente anuncio:

«Pídase en todas partes el chocolate X...
Único que envejece al envejecer.»

Aquello fué un triunfo. En lugar de perder muchos cientos de miles de pesetas, el director ganó 500.000.

Con mucho menos se hubiera convencido, si ya no lo estuviera, de la influencia del reclamo sobre el público.

Los americanos, que parecen tener el genio del anuncio, son maestros consumados en el arte de servirse de la publicidad de los periódicos. En este género no tienen rival y es imposible enumerar sus obras maestras.

La educación infantil.

La más linda edición de los cuentos del maravilloso Perrault, poeta de los niños, la prepara una casa de París, y, según dice un periódico francés, será una de las más interesantes curiosidades que han de figurar en la próxima Exposición. Trátase de la aplicación á un aparato estereoscópico, de no muy grandes dimensiones, del cinematógrafo Lumiere y del fonógrafo Edison. Realmente el aparato tendrá su mayor mérito en el ingenioso modo de adaptación de estos inventos á un propósito en extremo artístico, recreativo y educativo.

Siéntase el niño ante el aparatito, aplica su vista á los anteojos del estereoscopio y da á un botoncito resorte.

Ante él aparecen sucesivamente en fotografía de colores todas las escenas de la caperucita encarnada en vistas de color y de movimiento; tiene aplicados á los oídos los auditi-

vos y el fonógrafo, no fuertemente impresionado; va narrando el cuento, según se ofrecen las escenas.

El aparato no produce ruidos desagradables.

Todo hace suponer que con el tiempo éstos serán los libros en que primeramente estudiarán los niños del porvenir.

Bibliografía.

El César, poema de Salvador Rueda.

Si el joven autor de *El César* no tuviera bien sentada su fama de poeta inspirado y artista exquisito, la conquistaría con este poema, con el arte que en él sabe desplegar, cantando, no al héroe grande, altivo, semidiós ó dios, en ocasiones, de los poemas clásicos, sino al ruín villano que acude á todas las malas artes para el logro de sus deseos, y á quien sólo la imaginación de un verdadero poeta puede elevar hasta hacerlo protagonista de un poema, quien sólo puede serlo de un anatema.

En esto, sobre todo, consiste el arte del poeta que sabe, según las reglas, sentir hondo, pensar alto y hablar claro, siguiendo á Quintana cuando decía:

«Y si queréis que el universo os crea
dignos del lauro en que ceñís la frente,
que vuestro canto enérgico y valiente
digno también del universo sea.»

Rueda sigue, por modo admirable, esta senda. Su canto es valiente, enérgico, vibrante. Oportuno en el adjetivo, rudo en el apóstrofe, decidido en la frase, justo en el colorido, hace al lector ver de relieve la figura y episodios que pinta.

Véase cómo habla después de retratar al simbólico personaje:

«No es un hombre, es un símbolo temido
á quien hay que llamar César tirano,
César infame, César corrompido,
y que en cualquier político partido
se encuentra sólo con tender la mano.»

Y más adelante, después de hablar del cinismo incalificable del César:

«¿Qué importa que la patria rompa en lloro
al ver correr por su sagrada tierra
la sangre de sus hijos, con el oro
que juntos traga la insaciable guerra?
Qué importa que le arranquen á girones
su regia vestidura,
desengarzando pueblos y regiones
da la extensión que abarca su hermosura?»

Hablando de la revuelta popular que producen las demasías del tirano, dice:

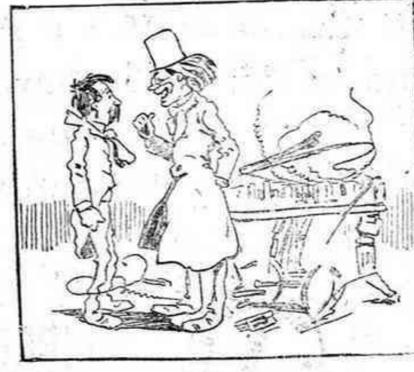
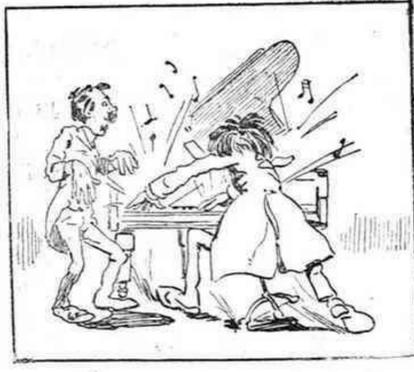
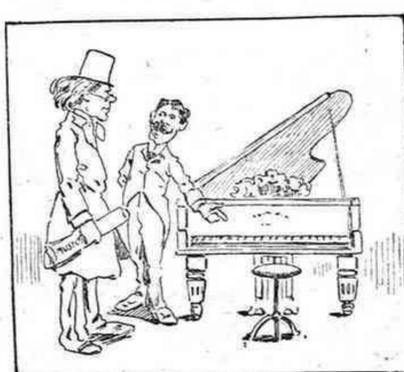
«En el momento aquel, por lo lejano
de la calle Mayor, aparecían,
formando remolinos deslumbrantes,
figuras que jinetes parecían
resplandores de espadas centellantes,
ferrados correaes que crugían
y un tropel de caballos que corrían
con las crines revueltas y flotantes.»

Júzguese, por los trozos copiados, si el poema *El César* no es digno del autor de *La reja* y *El patio andaluz*, que viene á corroborar la justa opinión de colorista y versificador de que goza Rueda.

L.

ENTUSIASMO ARTÍSTICO

(Lectura al piano de un trozo de Wagner.)



MI GAZPACHO

INSTANTANEAS

No deja de ser una monomanía como otra cualquiera eso de los fotógrafos ambulantes y de afición.

Es decir, es una monomanía algo menos peligrosa que algunas otras. Porque el que compra una máquina barata para retratar á todo el que se enfoque, sabemos que le queda los cuartos á él, pero el que compra una pelota y una cesta, es muy probable que le cueste... algún ojo al primer transeunte que se ponga á tiro de cesta.

Hoy ya se sabe, no es persona decente el que no tenga una de estas aficiones, pelotari, ciclista ó fotógrafo. Pero á mi no me es ningún aficionado tan simpático como este último.

Los vé usted ir á los sitios más pintorescos, destrozán unos cuantos clichés y se marchan á casa henchidos de satisfacción y de instantáneas.

Estos son los más pacíficos; los que no toman la cosa con mucho empeño.

Tengo yo un amigo, que á ese sí que hay que temerle. Lo mismo es que le veo con la máquina, que le pongo la cruz como al diablo.

Donde haya una fiesta ya me lo tiene usted con la instantánea enfocando á todo bicho viviente.

Y si al menos los retratos fueran buenos! pero cá.

Y cuidado que le han pasado chas-

cos para que dejase la afición. Pero él, que ha de tener la mejor colección conocida, y ya lo creo que lo conseguirá.

—Mira—le dice al primer amigo que se encuentra—ven y te retrataré, si no lleva la máquina, y te enseñaré mi colección.

Y si el amigo no le conoce el flaco y se vá con él, es igual que si hubiera caído de cabeza en el purgatorio.

Se necesita mucha paciencia para sufrir la descripción de tres mil y pico de instantáneas.

Yo, una vez fui, y Dios me libre de volver.

Después de retratarme en cuantas posiciones le dió gana, tuve que oír la explicación de las fotografías.

A lo mejor se encuentra usted retratado y anda en colecciones como si fuera usted un político ó un torero célebre.

Pero no son todo felicidades; cuando menos lo piensan, enfocan una cosa y sacan otra.

Una vez mi amigo quiso obtener el retrato de una dama y sacó la grupa del caballo de un guardia civil.

Es claro; con la excitación se desenfoca con la mayor facilidad. Por eso se recomienda para ejercer esta afición, saber dominar los nervios y carencia de ocupaciones.

DORADO PELEUZ.

ECOS LOCALES

Según rumores en breve se publi-

cará en la imprenta Salmanticense un nuevo periódico integrista, dirigido por el señor Vila Barrado, con los redactores y accionistas de *La Información*.

Ha sido concedida la gran cruz de Isabel la Católica, al presidente de la Diputación provincial señor López Díez.

Se halla vacante la plaza de Secretario del Juzgado municipal de Espadaña, sin más derechos que los de arancel.

Por el gobierno militar de la provincia, se publica un anuncio para que en el pueblo donde se halle residiendo el soldado procedente de Cuba, Pedro Rey Pérez, se sirva el alcalde manifestarlo con urgencia á este gobierno militar, con el fin de poderle comunicar un asunto del servicio.

En la orden de Carmelitas descalzos en el noviciado de Roma, ha hecho su profesión el joven don Juan Ruano, hijo del profesor del Instituto don Fabian.

El nuevo religioso ha sido destinado al convento de la Magdalena de esta ciudad.

SEGUIDILLAS

Ayer al ir á misa
una morena

llevaba el rostro blanco
como la cera,
Y es que la pilla
se lo había sin duda
dado de harina.

Pues hábete una rubia
que la otra tarde
iba medio bailando
por cierta calle.
Y los tacones,
no eran de «siete suelas»
sino de doce.

Ayer hubo tormenta,
y el arco iris
admiraba una niña
pálida y triste,
Y es que decía:
—Así son los colores
de mis mejillas.

Conozco yo una rubia
de ojitos negros,
que tiene á un individuo
loco por ellos,
Y yo le digo,
—Si te miran sus ojos
te abrasan vivo.

Eulogio Villafañila Hernández

Se arrienda una gran panera enclavada en el edificio del Teatro Bretón. El Conserje del mismo dará razón.

3—d—10

SALAMANCA

Establecimiento Tipográfico *La Nueva Aldina*
4 y 6, Leones, 4 y 6
1897

LA CLAVE

DIARIO ILUSTRADO

NO SE PUBLICA LOS DIAS FESTIVOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Salamanca.	3'50 pts. trimestre
Fuera de la Capital.	4 id. id.
Número suelto	5 céntimos.
Id. atrasado.	10 id.

SE ADMITEN ANUNCIOS

Este periódico, de una veraz información política, noticias generales y locales, artículos de crítica y literarios, etc., unirá la novedad de tener TODOS LOS DIAS preciosas ilustraciones, la mayor parte de sucesos de actualidad.

A pesar de los numerosos gastos que supone la publicación á diario de buenos grabados, y gracias á una combinación especial, los precios de suscripción y venta son tan económicos como los de los diarios no ilustrados.



DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION: LEONES, 4 Y 6